

tiempo de nuestra parada bajo el techo de tejas chorreantes, con los pies en el polvo lleno de briznas de paja, de frágiles huellas de pájaros, me ha parecido que yo aún podía vivir. Y más aún que la vida, lo que de tu cálido y fresco hombro se derramaba en mi corazón, al que llenaba como de una tranquila música recobrada, era el reposo viviente en la plenitud alcanzada, junto al cual el de la muerte no puede ser sino una mueca.

¿Dónde estás?

¡Qué bellos eran esos campos azotados hasta el horizonte por las ráfagas, la inmensa hoguera de las cosechas humeando bajo la lluvia, las gavillas interrumpidas, los carros a medio cargar rodando hacia los graneros, el enjambre de los azotes alrededor de los caballos de crines apelmazadas y la multitud de tus hermanos, los cosechadores desnudos, los cosechadores atrapados en su tela blanca como grandes ángeles torpes! Tú no decías nada, con los labios solamente entreabiertos bajo la dura crin de oro, con una mano en la mía, y con la otra enroscada en el mango de tu guadaña. Era la guadaña de un segador de trigo, deslustrada por la tierra de la que brotan las espigas de una sola vez, no la de los segadores de hierba, con su hoja llameante como un fuego de acero. Te llamo, a ti que me has dicho adiós, que me has tendido esa mano sombría manchada de sangre, herida por la paja aguda. Te llamo —¿quién podrá oírme y responderme?

¿Dónde estás?

Cien veces he retomado el mismo camino, sabiendo sin embargo que ya nunca sería el mismo, que no volverla a ir ya nunca hacia ti. Ese camino siempre vacío a los ojos de los demás hombres está poblado de mis esperas. Cada paso que doy en él suscita algún fantasma. Camino entre la mentira de esas presencias que me persiguen llorando. Puedo repetirme cada árbol, cada lámpara. Hay, de pronto, charcos de perfume en los que uno se desliza: una flor que se abre durante la noche con un olor de simiente y de rosa. Quien la ha cogido no puede devolverla al camino antes de que haya muerto poco a poco en sus palmas cerradas. Hay un bosque mágico donde el pájaro de los muertos me ha hablado.

No se le puede llamar; hay que esperarlo, apoyarse en el tronco de un haya o acostarse en la hierba de seda como un viajero agotado. No siempre viene. No viene casi nunca. No dice nada si le preguntas.

¿Dónde estás?

¿Acaso no puedes ya oír este grito? ¿Acaso no puedes decirme si aún respiras, si tu corazón late, si ese hombro en que poner mi mano, una vez más, me es rechazado?

El día en que no pueda ya seguir esperando me volveré hacia el pájaro y esta vez lo llamaré como esta tarde te llamo. Su corazón está lleno de piedad. Oiré el aleteo entre las hojas arrugadas; vendrá enseguida a posarse en la rama más baja. Me escuchará. Escucha lo que los muertos le dicen, todas las palabras de las voces sin labios. Les lleva a los vivos los mensajes de los muertos. Escuchará todo lo que yo pueda decirle y echará a volar hacia ti.

Traducción de Rafael-José Díaz

Nota: Estos textos son dos de los poemas que integran el libro *Pour un moissonneur*, publicado por el poeta suizo Gustave Roud (1897-1976) en la editorial Mermod de Lausana en 1941. En edición bilingüe de Rafael-José Díaz, *Para un cosechador* se publicará a comienzos de 2005 en la editorial La Garúa (Barcelona). El traductor agradece a Jacques Ancet sus sugerencias a esta traducción.



La musique militaire dans le jardin du Luxembourg



Evening gown of «moon -blue silk, spangled. Drawn by Etienne Drian [No. 133, 1914]